

## El árbol protector y su representación en la literatura medieval y áurea \*

Cristina Castillo Martínez  
Universidad de Jaén

### Introducción

Continuas y variadas son las representaciones de la naturaleza que aparecen en la literatura de cualquier época y lugar. La forma en que se plasma varía en función de la concepción adoptada, pues no serán lo mismo esas florestas agrestes que hacen temblar a la linda Magalona, que aquellos campos amables convertidos en *locus amoenus* en los libros de pastores. Pero si hubiéramos de esencializarla en uno de sus elementos, es más que probable que acudiera a nuestra mente la imagen del árbol,<sup>1</sup> no solo por su recurrencia sino también porque, a través del prisma de la religión, la antropología o la psicología, desde ámbitos cultos o populares, adquiere a lo largo de la historia una carga simbólica que apunta en distintas direcciones y que no podemos obviar en la correcta interpretación de algunos episodios de la literatura considerada por encima de fronteras temporales o espaciales.

Resultaría extraña la configuración de cualquier paraíso sin la presencia de árboles<sup>2</sup> o de cualquier espacio natural sin que estos ofrezcan sombra al caminante, compañía al solitario o confidencialidad al enamorado. En su corteza, los amantes escriben sus cuitas y de sus ramas los caballeros cuelgan estandartes o escudos a modo de desafío.

Mircea Eliade ha estudiado con detenimiento las múltiples interpretaciones del árbol, subrayando que posee un poder especial, no solo como teofanía (Atis, Osiris o Artemis), sino también como fuente de energía, vida y poder:

El árbol está cargado de fuerzas “sagradas” porque es vertical, porque crece, pierde las hojas, pero las recupera, es decir, se regenera (“muere” y “resucita”) ininidad de veces, tiene látex, etc. [...] El árbol puede, sin duda, llegar a ser un *símbolo* del universo, y bajo esa forma lo encontramos en las civilizaciones más avanzadas, pero para una conciencia religiosa arcaica, el árbol *es* el universo, y *es* el

---

\* Este trabajo se enmarca dentro del proyecto *Creación y desarrollo de una plataforma multimedia para la investigación en Cervantes y su época. PLACER*, concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación con referencia: FFI2009-11483.

<sup>1</sup> “El *locus amoenus* es un paraje hermoso y umbrío; sus elementos esenciales son un árbol (o varios), un prado y una fuente o un arroyo; a ellos puede añadirse un canto de aves, unas flores y, aún más, el soplo de la brisa” (Curtius, I, 280).

<sup>2</sup> El Edén en la Biblia –o en los relatos hagiográficos, ascéticos o místicos– no solo está poblado sino también presidido por árboles. La Arcadia mítica, según la describió Jacopo Sannazaro en su obra, se ubica en un “delicioso prado” situado en la cumbre del Partenio, “donde, si no me engaño, hay *doce a quince árboles* de una belleza tan extraña y desmedida [...]. Pero entre todos, en el centro, junto a una *clara fuente*, se levanta hacia el cielo el enhiesto ciprés [...].” (61-64). Y así sucede también con el árbol cósmico, símbolo del centro, que aparece en las visiones medievales del otro mundo, de las que constituye un buen ejemplo la primera visión del *Poema de Santa Oria*, de Gonzalo de Berceo (Uría ed., 103-19).

universo porque lo repite y lo resume a la vez que lo “simboliza.”  
(277-78)

La tradición popular y la mitológica proporcionan abundantes ejemplos de personajes muy vinculados al árbol, sobre todo, dioses, duendes y, especialmente, ninfas en forma de dríades (asociadas a los robles), melíades (vinculadas al fresno), epimélides (de las que se cuenta que castigaron a unos pastores transformándolos en árboles por haberse burlado de su baile), o hamadríades en general.

En el origen del pecado está presente un árbol (el del bien y del mal, compañero del Árbol de la vida), como lo está en el momento de la redención, aunque simplificado en un madero, la vera cruz. El jardín de las Hespérides está presidido por el famoso árbol de las manzanas de oro, que proporciona inmortalidad. La genealogía terrenal de Cristo se representa a través del llamado árbol de Jessé. Y la estructura de los saberes llegó a asumir en la Edad Media la forma de árbol (o árboles) de la ciencia al decir de Ramón Llull. Su presencia es, por tanto, una constante en la configuración histórica, religiosa o mitológica del ser humano, asociado casi siempre a la vida, como acabamos de ver; aunque también puede remitir a la muerte. Baste recordar su utilización como horca para ajusticiar a los condenados,<sup>3</sup> o como salvoconducto, en forma de rama dorada, para acceder al mundo de los muertos y volver de él con vida, tal y como hizo Eneas (Frazer, 785-96; Riesco, 257-88).

Pero dentro de este polimorfismo simbólico, el árbol asume una función especial pocas veces reseñada en la literatura –no así en la antropología<sup>4</sup>– que lo convierte en elemento protector. En unos casos, porque presta su morfología (análoga a la del ser humano) a quien huye de algún mal, como sucede con Dafne, cuya metamorfosis en laurel se convierte en la única vía de escape de la lujuria de Apolo; o con Mirra, a quien un árbol le sirve de protección frente a la furia de su padre. Y en otros casos, porque proporciona descanso o, incluso, refugio en sus concavidades, aparentemente inaccesibles, como muy bien ha sabido plasmar la cuentística.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Cuya representación queda perfectamente plasmada en *El Quijote*: “Levantóse Sancho y desvióse de aquel lugar un buen espacio; y yendo a arrimarse a otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza y, alzando las manos, topó con dos pies de persona, con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió a otro árbol, y sucedióle lo mesmo. Dio voces llamando a don Quijote que le favoreciese. Hízolo así don Quijote, y preguntándole qué le había sucedido y de qué tenía miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos don Quijote y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y díjole a Sancho: “No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas que tientes y no vees sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia, cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona.” Y así era la verdad como él lo había imaginado. Al partir, alzarón los ojos y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros” (Rico ed., 1118).

<sup>4</sup> Véanse, a este respecto, los estudios de Frazer (142-71 y 196-99), Eliade (274-334), Bonilla (75-82), Zelenin o Riesco (167-342).

<sup>5</sup> Véanse los siguientes motivos folklóricos del índice de Thompson: R311 “Árbol refugio”, F811.10.1. “Hueco del árbol como residencia del héroe”, o X1854 “Hombre en el hueco de un árbol se defiende de un leopardo y un oso.”

### Niños abandonados en árboles

El árbol, en su verticalidad, pone en comunicación el mundo terrenal, el celestial y el infernal. Una conexión que le confiere esa fortaleza de la que es símbolo, y ese poder que le permite dominar todos los espacios, conocidos o desconocidos, pues se aferra, por medio de las raíces, a la tierra, creando acceso a un mundo subterráneo; y aspira, con el extenso crecimiento de sus ramas, a lo alto, abriendo una vía de entrada hacia un mundo aéreo y sobrenatural, diferenciado del anterior por el correlato que la tradición establece entre los conceptos espaciales arriba-abajo, y los morales bien-mal. En medio de esos dos mundos, y conectándolos, está el árbol, que adquiere, por ello, especial poder y es capaz de aportar protección al que huye o al que es abandonado, especialmente en el caso de niños recién nacidos.

No son escasos los episodios existentes ya desde la mitología. Pensemos en Acacálide quien, temiendo la cólera de su padre al haberse quedado embarazada de Apolo, huye de palacio y da a luz en el bosque, dejando al niño (Mileto) en un árbol ante la imposibilidad de criarlo. Las lobas lo alimentan hasta que unos pastores lo encuentran y lo recogen. Es primero el árbol –convertido en matriz–, y después una fiera, quienes reemplazan a la madre en sus funciones:

En tanto que símbolo de la vida –de la vida de todos sus niveles, desde el elemental hasta el místico– el árbol se asimila a la madre, al manantial, al agua primordial [...]. Pero el árbol de la vida, con sus frutos, con su utilización genealógica, evoca la mayoría de las veces la imagen de la madre. “Según numerosos mitos, el hombre desciende de los árboles; el héroe está encerrado en el árbol maternal; por ejemplo, Osiris muerto yace dentro de la columna, Adonis dentro del mirto, etc. Muchas diosas fueron veneradas en forma de un árbol o de un palo, de donde el culto de los árboles, de los bosques sagrados y de los montes (Jung, 210).” (Chevalier, 127-28)

Y es que el árbol se ha interpretado en muchas culturas como arquetipo de lo femenino (Pedrosa, 291-310).<sup>6</sup> Así se ha querido ver en la higuera que salva de la muerte a Rómulo y Remo. Según la leyenda, Rea Silvia, a quien su tío Amulio había obligado a convertirse en virgen vestal para evitar que sus descendientes le disputaran el trono, consigue, gracias a la intervención de los dioses, dar a luz a gemelos. Amulio, al enterarse, los condena a morir en las aguas del Tíber. Sin embargo, los criados, temiendo la creciente corriente del río, los depositan en una canasta que termina encallando –según algunas versiones– en una higuera (*figus ruminalis*). Allí una loba los encuentra y los amamanta.

Creemos, pues, que la higuera Ruminál fue considerada en los orígenes de la leyenda como un árbol que podía dar vida y alimentarla, rasgo este que quedaría puesto de manifiesto no sólo por

---

<sup>6</sup> Aunque también se habla de su carácter andrógino o de un simbolismo doble, por cuanto al tronco se le presume forma fálica (Eliade, 314-18).

la etimología de su nombre a partir de *rumen*, “panza, primer estómago de los rumiantes,” sino también porque presentaba tuberosidades que ya para Ennio representaban la imagen de ese primer medio de alimentación que son los pechos. (Riesco, 227)

De este modo, la higuera asumiría una función materna, convertida en árbol de la vida, árbol cósmico o axis mundi, que no solo protege a los protagonistas, sino que posibilita la fundación de la ciudad.

Pero más allá de la mitología o de leyendas fundacionales, la literatura nos brinda abundantes relatos en los que este árbol de la vida actúa como protector de acuerdo a un mismo esquema y en confluencia con otros motivos perfectamente reconocidos, como veremos más adelante. Solo voy a aportar un puñado de ejemplos pertenecientes a la literatura europea de la Edad Media y de los siglos XVI y XVII, que servirán para comprobar la efectividad de un esquema narrativo que, en ocasiones, funciona como germen de una historia, pero que, en la mayoría de los casos, a pesar de ocupar un espacio breve en la narración, asume una función más importante de la esperada al propiciar un giro en los acontecimientos y especialmente en el devenir y en la caracterización del protagonista.

María de Francia nos ofrece un interesante ejemplo en el lay *El fresno*, con alguna variante determinada por la condición femenina de las protagonistas. El destino hace que la mujer que critica a la que ha tenido gemelos porque “nunca ha ocurrido ni ocurrirá jamás tal prodigio: que una mujer tenga dos hijos de un solo parto, si no los han engendrado dos hombres” (Holzbacher ed., 148-49), acabe dando a luz a gemelas. Para evitar la deshonra de lo que se considera pecado (indiferente es la verdad), decide matar a una de ellas pues, según afirma: “Prefiero tener que rendir cuentas delante de Dios a cubrirme de vergüenza y de oprobio” (Holzbacher ed., 151). Sin embargo, una joven sirvienta le propone llevarla a un monasterio, envuelta en un cendal, con un brocado y un anillo atado al brazo como recordatorio de su condición noble. Cuando está a punto de dejarla en la abadía, cambia de opinión al ver un frondoso fresno:

La doncella vio el monasterio, las torres, los muros y el campanario, fue hacia allí rápidamente y se paró delante de la puerta. Dejó en el suelo a la niña que llevaba, se arrodilló muy humildemente y empezó a rezar.

—¡Dios mío —dijo—, por tu santo nombre, Señor, no permitas que esta niña perezca!

Cuando hubo terminado su plegaria, miró hacia atrás y vio un fresno grande y frondoso, muy tupido y con muchas ramas, su tronco se bifurcaba en cuatro y había sido plantado allí para dar sombra. Tomó en sus brazos a la niña y se acercó corriendo al fresno, la puso encima y después la dejó, encomendándola al verdadero Dios. Luego regresó y contó a la señora lo que había hecho.

En la abadía había un portero, que solía abrir la puerta al exterior del monasterio por donde entraba la gente que quería oír los oficios. Aquella noche se levantó pronto, encendió la vela y las lámparas,

tocó las campanas y abrió la puerta. Reparó en el paño que había en el árbol y pensó que alguien lo había robado y lo había dejado allí; no se preocupó de otra cosa. En cuanto pudo, se fue hacia el fresno, palpó, y encontró a la niña. Dio gracias a Dios por ello y no la dejó allí, sino que la cogió y se la llevó a su casa. (Holzbacher ed., 154-55)

Este esquema propicia una narración determinada en la que desempeña un papel importante el tema de la concepción de gemelos con la carga simbólica que entraña,<sup>7</sup> la separación de estos y las relaciones amorosas que se derivarán de su parecido, pues, pasado el tiempo, Fresno se convierte en una hermosa joven de la que se enamora el caballero Gurún. Sin embargo, sus feudatarios le obligan a casarse con una mujer noble llamada Avellano, que resulta ser hermana de la que la separaron al nacer: “A cambio del fresno que dejáis, tendréis un avellano. El avellano da deleite y da avellanas; el fresno, en cambio, jamás da fruto” (Holzbacher ed., 162). Finalmente, gracias al brocado, se producirá la anagnórisis que reconocerá a Fresno como noble y, por tanto, como la elegida para esa unión.

A los niños abandonados les espera un destino especial que, en el caso de Fresno, por tratarse de una mujer, se concreta en una relación amorosa feliz; pero que, de tratarse de hombres, como sucede en la mayoría de las ocasiones, concluye, además, con un cúmulo de hazañas heroicas que se contextualizan en cantares de gesta o en libros de caballerías. Juan Manuel Cacho Blecua (16-37) abordó pormenorizadamente el estudio de los tópicos que confluyen en el nacimiento y educación del héroe, a partir del *Amadís de Gaula*, en un trabajo de referencia para el análisis del resto de los libros de caballerías. Y ya entonces, tomando como base la historia de Esplandián, apuntó la importancia de la presencia del árbol en este tipo de abandonos:

El niño es abandonado en el tronco de un árbol y es muy significativo que en casi todas las teogonías primitivas se explique el fluir constante de la energía vital del mundo a partir del árbol cosmogónico. (43-44)

Paloma Gracia, en su completo estudio sobre *Las señales del destino heroico*, habla del abandono en las aguas, del sueño profético, de la presencia de fieras lactantes, de las señales en el cuerpo o del proceso de investidura como elementos fundamentales en la configuración del héroe. Y, aunque no se centra en la simbología del árbol, alude a una serie de textos en los que está presente como elemento protector. Sucede así con *L'histoire de Valentin et Orson*, un cantar de

---

<sup>7</sup> Se pensaba que los gemelos podían ser hijos de padres distintos y, por tanto, muestra clara de la infidelidad materna (Fraaborg, 112-14; Holzbacher ed., 380). No podemos olvidar que, según la mitología griega, Leda tuvo relaciones sexuales con Zeus en forma de cisne y el mismo día se unió también a su marido. Como resultado, tuvo dos huevos de los que nacieron los gemelos Cástor y Pólux, por una parte; y Helena y Clitemestra, por otro. Sin embargo, Pólux y Helena se consideraban hijos de Zeus, mientras que Cástor y Clitemestra de Tindareo. No obstante, normalmente se representa a los hermanos gemelos como símbolos del bien y del mal respectivamente, herencia de las figuras bíblicas de Abel y Caín.

gesta del siglo XIII hoy perdido, que fue prosificado en el siglo XV y cuya leyenda debió de ser muy popular durante toda la Edad Media e incluso en siglos posteriores, a juzgar por las reediciones existentes. Según cuenta la historia, Béliissant, desterrada por su marido el rey Alexandre de Constantinopla, sintió los dolores del parto durante el viaje de regreso a su país y se vio obligada a dar a luz a sus gemelos junto a un roble del bosque de Orleans. La aparición de una osa arrebatándole uno de los niños, la obligó a abandonar al otro para ir en su busca. Al volver de la persecución infructuosa, el niño había desaparecido. El primero fue criado por la osa y recibió el nombre de Orson.<sup>8</sup> El segundo fue encontrado por el rey Pipino el Jorobado durante una jornada de caza y le puso por nombre Valentín:

Bellisant estant dedans la forest chevauchant laquelle estoit grosse comme ia devant vous à esté recité, advint que son corpos eut terminé & parfait son temps si la contraignit le mal d'enfant fort. Adone commença à soy descendre du cheval en soy complaignant tendrement [...]. Blandimain descendit & mist la dame au pied d'un arbre, le quel il advisa pour mieux reconnoistre la place ou il la laisseroit. Il monta à cheval & chevaucha vistement tant fort qu'il peut pour trouver une femme sans compagnie fors que de Dieu & de la Vierge Marie, qu'il luy ayda & fist tant de secours que dedans la forest elle enfanta de deux beaux fils. Mais ils ne furent pas si tost venus sur terre que la Dame endura douloureuses peines enfans de son ventre deliurez & produits au monde, & qu'elle estoit dessous l'arbre couchee, vers elle vint una grand' ourse & velve 'a merveilles, qu'en faisant chere horrible & effroyee, de Bellissant s'approcha & un des deux enfants print entre ses dents & parmy le bois fuyoit. Adonc la dame doulente & non sans cause de voix foible & lasse, commença moult piteusement à plourer & crier. Et à deux pieds & à deux mains s'e va parmy le bois apres la cruelle beste que son enfant emportroit: mais peu luy valut sa poursuite: car iamais son enfant ne verra tant que par divin miracle luy sera rendu, tant chemina la dame parmy la forest qu'une tres grand maladie la print & demeura pasmee, & contre la terre se coucha ainsi comme femme morte. (21-22)

Algo semejante sucede con uno de los últimos cantares de gesta franceses, *Lion de Bourges*, y, además, por partida doble: Herpin de Borges es acusado de deslealtad a Carlomagno y, por ello, desterrado de la Corte. De regreso a su tierra, su esposa Alis siente dolores de parto. Y mientras Herpin va en busca de una partera, ella da a luz, bajo un roble, a un niño que tiene una cruz roja en el hombro derecho. Al poco tiempo es secuestrada por unos bandidos que abandonan al niño. Cuatro hadas lo encuentran y se lo entregan a una leona para que lo críe, de ahí su nombre Lion:

Per dessous ung grant chenne sont alléz reposer;

---

<sup>8</sup> Sobre la figura del oso en la literatura, véase Pastoureau (235-39).

La prist la damme ung malz qui hault l'ai fait crier,  
 Et dit: "Sainte Marie, vuelliez moy conforter!"  
 Lors dit a son signour: "Si me fault delivrer;  
 Au plaisir Dammedieu me fault si anfanteir.  
 —Damme, s'ai dit li duc, de ceu me doit pezer:  
 Ci n'avés chamberiere qui vous puist visiteir  
 Ne an nulle maniere aidier ne conforter.  
 —Sire, dit la duchesse, il vous en fault aller;  
 Au dehors de ceu boix n'avez loing a errer  
 Pour savoir se poriez nulle femme trouver.  
 Allez y, doulz compain, pansez de vous haister!  
 Au muelx que je porait, volrait mon mal pourter."  
 Adont s'an parrt li duc, si prist au chemminer;  
 N'allait gaire avant, pour vray le puet conter,  
 Que Dieu fist la duchesse d'un bialz filz delivrer,  
 Que sus la droite espaulle au vray considerer  
 Ot une croix vermeille. La damme o le vis cler  
 Ait saisis son anffan; le prist a escolleir. (vv. 366-384)

La historia se repetirá, con alguna variante, en sus hijos gemelos, pues cuando el duque Garnier se entera de su nacimiento, ordena matarlos. Una criada, disfrazada de peregrina, roba tan solo a Herpin, haciendo creer que Guillaume está muerto. El duque encarga que lo maten, pero cuando el criado levanta la espada, el niño sonrío y no es capaz de hacerlo.<sup>9</sup> Por eso, decide conmutar la pena por el abandono bajo un olivo, de donde es rescatado por un pastor que le pone por nombre Olivier:

Desous ung ollivier dont la feulle verdie  
 U l'on vait desdusant quant li solleil flambie,  
 La vint mettre l'anffan que point ne s'i descrie.  
 Et quant il li ot mis, a haulte voix c'escrie:  
 "Anffe, je te commant au filz sainte Marie,  
 Jhesu Crist, qu'i te gandise, qui sa chair ot playe  
 En croix pour raicheter tout humaine lignie." (vv. 15267-15273)

Un episodio semejante se encuentra en los dos últimos cantares del ciclo de Nanteuil (conocido también como Doon de Mayence): *Parise la Duchesse* y *Tristan de Nanteuil*. En el primero (fechado en la segunda mitad del siglo XIII), Paris, desterrada por su esposo, da a luz en un bosque, junto a un pino. Allí nace el niño con una cruz en el hombro derecho. Es raptado por unos ladrones, que lo llevan al rey de Hungría:

Or fu la gentils dame desoz l'arbre ramé;  
 L'ore fust benoite, d'un fil s'est deslivré.  
 Desor l'espaulle destre ot une crois roiel.

<sup>9</sup> Motivo reiterado en la narración popular (Lida de Malkiel, 21).

La dame le conroie a un pan cender,  
 Puis a pris .i. blanc drap, si a ses flans bendez. (vv. 823-827)

En el *Tristán de Nanteuil*, Doon le Bâtard es abandonado en un olivo por orden de su padrastro el duque Garnier de Valvenise, que lo repudia al nacer, aun sabiendo desde un principio que no era su hijo sino fruto de la relación que su esposa Honorée de Rocheburne había tenido con Gui de Nanteuil, al que sedujo mientras este buscaba a su esposa e hijo desaparecidos. El niño es encontrado por un guarda forestal que se lo entrega a su mujer y juntos lo crían como si fuera su propio hijo:

En une grant forest dessoubz ung olivier,  
 La a lessé l'anffant sans luy mesaaisier,  
 Deux jours y fut tous plains sans boire et sans menger;  
 Mais en ce bos avoit ung gentil forestier  
 Qui par le bos aloit assés souvent chasser,  
 Il a trouvé l'enffant, car il l'oÿ noiser;  
 Vers l'enffant est venu, sy le print a seigner. (vv. 1053-1059)

Aunque la repetición de esquemas narrativos en estos cantares puede estar determinada por su pertenencia a un mismo ciclo o a una misma tradición, no podemos pasar por alto la presencia en todos del tótem arbóreo, pues nos habla de su eficacia y éxito. En todos ellos (y por partida doble en el *Lion de Bourges*) los niños nacen o son abandonados junto a un árbol, testigo discreto y silencioso de los acontecimientos que, con solo su presencia, les proporciona protección y, a ojos del lector, reduce el desvalimiento al que han sido condenados, con lo que resulta un hecho menos traumático, que, además, condicionará el resto de la historia, propiciando el destino mágico, especial y único del héroe.

De la misma manera sucede en algunos libros de caballerías, deudores de la tradición épica. Garci Rodríguez de Montalvo recreó este motivo no en la historia de Amadís, entregado a las aguas, sino en la de su hijo Esplandián. Al ser fruto de una unión secreta, la madre ha de deshacerse de él, por lo que se lo confía a la doncella Denamarcha para que, junto con su hermano Durín, lo lleve al monasterio de Miraflores; pero, en el camino, la aparición de una leona cambia el destino del recién nacido que queda a merced del peligro, con la única protección del árbol en el que ha sido depositado:

Y cuando la Donzella de Denamarcha y su hermano llegaron aquella fuente, ella traía gran sed del trabajo de la noche y del camino, y dixo a su hermano:

—Descendamos, y tomad este niño, que quiero beber.

Él tomó el niño, assí embuelto en sus ricos paños, y púsolo en un tronco de un árbol que aí stava; y queriendo descender a su hermana, oyeron unos grandes bramidos de león que en el espesso valle sonavan, assí que aquellos palafrenes fueron tan espantados, que començaron de fuir al más correr sin que la donzella el suyo tener



pudiesse; ante pensó que la mataría entre los árboles, y iba llamando a Dios que la socorriese, y Durín corriendo tras ella pensándola tomar del freno y detener el palafrén. Y tanto corrió, que le salió delante y lo detuvo, y halló a su hermana tan maltrecha y desacordada, que a duro podría hablar; y fízola deçender, y dixo:

—Hermana, estad aquí, e iré yo en este palafrén por el mío.

—Mas id por el niño –dixo él–, y traédme; no le acaezca alguna cosa.

—Assí lo faré –dixo él–, y tened este palafrén por la rienda, que miedo he, si lo llevasse, de le no poder llevar a la fuente.

Y assí se fue a pie. Pero antes acaeció una estraña aventura que aquella leona que criava a sus hijos que ya oístes, y diera el bramido, continuava mucho venir cada día aquella fuente por tomar el rastro de los venados que en ella bevían. Y como allí llegó, anduvo alderredor rastreando a un cabo y a otro; y assí andando, oyó llorar el niño que en el tronco del árbol estava, y fue para él, y tomólo con su boca entre aquellos muy agudos dientes suyos por los paños, sin que en la carne le tocasse, que fue porque assí le plugo a Dios [...]. (Cacho Blecua ed., 1006)

En similares circunstancias es abandonado Palmerín de Olivia (Salamanca, 1511). Griana, su madre, para ocultar su pecado, ordena a Cardín que se deshaga de él, no sin antes dejarle unos objetos que le salvarán de los peligros y le ayudarán a conocer su verdadera identidad en el futuro. Cardín decide dejarlo en un árbol, donde es hallado por un colmenero entre palmas y olivas en una montaña llamada Olivia:

[...] y al tiempo qu'el Emperador cenava, Griana parió un fijo, el más fermoso que dezir se vos podría. Tolomestra lo tomó muy prestamente y embolviólo en muy ricos paños. E primero que esto fiziesse lo miró a un blandón que encendido tenía e vídolo tal que la fizo maravilliar y aver mucha piedad por no nascer aquella criatura tan fermosa en tiempo que se pudiera criar como él merecía; e no pudo sufrir de lo no llevar a Griana que lo viesse, e díxole:

—¡Ay señora, en cuánta culpa soys a Nuestro Señor, que por amor de encubrir vuestro pecado conviene que esta tan fermosa criatura padezca!

—¡Ay amiga –dixo Griana–, no pongáys más dolor en mi coraçón del que yo tengo! Tomad esta cruz e ponédgela en los pechos, que tiene reliquias de gran virtud y ellas lo defenderán de las bestias bravas que no lo coman. Yo tengo esperança en Nuestro Señor que no parará mientes a mis pecados.

E tomólo en los braços e besólo muchas vezes; e mirándolo vídole en el rostro, en el lado derecho, una señal negra a manera de lunar e era redonda: ésta guardó ella en su coraçón. E mandó a la dueña que luego lo levasse a Cardín que, ya de lo que havia de hazer avisado

estaba esperando –que Tolomestra gelo había dicho–. Y ellos se supieron tan bien encobrir que persona del mundo no los vio.

Cardín tomó el niño e cavalgó muy apriessa encima de un cavallo que ensillado tenía e salió fuera del cibdad e fuese por donde el cavallo lo quiso levar. E andovo la mayor parte de la noche sin saber adónde yva, como él levava mucho cuydado e tristeza por no saber qué fiziesse de aquella criatura, que de grado la salvara si pudiera, mas era muy conosciado en aquella tierra. E como su señora Griana había estado presa en la torre por mandado del Emperador, todos pensavan que ella había fecho cosa porque lo meresciesse; e temiendo la honrra d’ella, no tuvo atrevimiento de dar aquel niño a criar porque no pensassen que era fijo de Griana, e por esto le convino de dexarlo a la ventura que Dios le diesse. E fallándose en una muy gran montaña en que había muy espessas matas, dexólo allí encima de un árbol porque vido que quería amanescer e tornóse por donde había venido e a hora de medio día llegó a Constantinopla [...]. (Di Stefano ed., 26)<sup>10</sup>

Fuera de los márgenes de lo caballeresco, aunque asociado a él por el ejercicio de soldado del protagonista, transcurre la novela que inicia la primera década de los *Hecatommithi* de Giraldo Cinthio,<sup>11</sup> narrada por Quinto. En ella, la joven Lippa, por consejo de su criada, se queda embarazada de su amante que, al enterarse, huye despavorido, temiendo las represalias de su padre y hermano. Ella disimula su embarazo hasta que, llegado el momento, finge querer ir a coger violetas y, cerca del río Po, da a luz a un hermoso niño, al que ha de abandonar sobre un plátano:

Aquí vertiendo un mar de lágrimas y apretando al pecho tiernamente el niño, dándole mil dulces besos y cubriéndole de moradas violetas, le puso sobre el tronco de un plátano que estaba en la ribera del río. Lavose en él luego, y hechando en el regaço algunas violetas, se bolvió a casa, con no poco dolor y angustia de la cara prenda que tan sin remedio dexava. Sucedió, pues, que passando por allí unos pastores que ivan a Mantua, oyeron llorar al niño, levantó uno dellos los [o]jos, y viéndole sobre el árbol, sin ver por todo aquello persona que le guardasse, alcançole, y sustentándole por el camino con leche de una cabra que llevava parida, le llevó a Mantua, con intento de darle al hospital donde otros niños nacidos a hurto como él se crían.

<sup>10</sup> Episodio que compendió Juan Pérez de Montalbán en su adaptación teatral del *Palmerín de Olivia* en los siguientes términos: “Dándole paso por estrechas sendas / verdes olivos, palmas inmortales: / oye gemidos más de humanas prendas / que de fieras y rudos animales. / En breve pues, para que no te ofendas, / por ser comunes relaciones tales, / halló con pena, y lástima excesiva / un niño entre una palma y una oliva. [...] Porque te halló junto a la oliva y palma, / te puso nombre Palmerín de Oliva.” (vv. 169-176 y 209-210)

<sup>11</sup> La obra, compuesta en 1565, fue traducida de forma parcial al castellano en 1590 por Luis Gaitán de Vozmediano con el título de *Primera parte de las cien novelas de M. Juan Baptista Giraldo Cinthio*. Este es el texto que sigo.

Pero quando llegó a su casa, halló a su muger (que al tiempo de su partida quedava preñada) llorosa y triste, por la muerte de un hijo que ocho días antes había parido. Pesole mucho al buen hombre de hallar muerto el hijo, mas hízole el caso menos grave, el hermoso niño que consigo traía y a esta causa consolándose a sí y a su muger. Por fin, le dixo, a las lágrimas, que si Dios fue servido de quitarnos nuestro hijo, y por esta parte nos afflige, por otra nos consuela, pues ha reparado con otro (aunque ageno) nuestra partida. (125r.<sup>o</sup>-v.<sup>o</sup>)

El niño, al que ponen el nombre de Venturoso, llegará a convertirse en soldado y capitaneará el ejército que apresa a su madre Lipa. A partir de ese momento se producirá la anagnórisis gracias a la mancha bermeja de su hombre derecho.

No menos interés ofrece el curioso relato que se cuenta en el libro III de *El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja* de Jacinto de Espinel Adorno (Madrid, 1620) como historia y origen de la localidad de Manilva en la que nació Arsindo, protagonista de la obra. Y no solo por lo que posee de leyenda fundacional, sino porque, además, está protagonizado por una mujer. Cuenta Arsindo que un pastor, persiguiendo una gama, encontró a una niña colgada de las ramas de un laurel con un letrado que informaba de que su nombre era Manilva. El pastor se la llevó a su mujer para que la criara. Pasado el tiempo, se convirtió en una hermosa mujer de la que se enamoró el joven noble Felisio. La diferente clase social que Manilva consideraba un obstáculo desaparece al saber por boca de Periandro que era nieta del rey Hespero y que su madre Rosinda se vio obligada a abandonarla en un laurel para evitar que su tío Atlante la matara en castigo por su embarazo:

Parió al fin a ti, bella Manilva, y pareciéndole llevarla a criar a parte fértil y adonde más se professasse la sinceridad, te truxo a esta pequeña aldea y dexó colgada en las ramas de aquel laurel consagrado a su deidad, y por esso más humano para ti. Y aquello de la gama y ruido del valle invención suya fue, como claramente se vio por lo que sucedió entonces, quedándose en aquel lugar Rosinda en hábito de pastora. Esta es tu historia y, pues esto es assí, bien puedes desechar la melancolía y cuidado que tienes acerca de tu oculta progenie. (105)

La historia, aunque inserta en una novela pastoril, no guarda relación temática directa con ésta, más allá de la presencia de los pastores que encuentran a la niña en el árbol y que forma parte del motivo, como ya se ha demostrado. De no ser porque en su historia se encuentra el origen de la ciudad, no pasaría de ser, como en el caso de *El Fresno*, un nacimiento especial, cuya anagnórisis permite una relación amorosa que parecía imposible por los convencionalismos sociales.

De lo visto hasta ahora, se puede deducir que la función protectora del árbol depende directamente del motivo del abandono del recién nacido que tanto juego

ha dado en la literatura.<sup>12</sup> Quizá la forma más conocida sea la del bote o arca entregada a las aguas<sup>13</sup> (entendidas como medio de regeneración hacia una nueva vida, como un rito iniciático), cuyo máximo exponente lo encontramos en la historia de Amadís de Gaula, que se repite, con variantes, en la de otros caballeros, aunque aparece en leyendas desde antiguo que se van repitiendo en culturas y en épocas distintas,<sup>14</sup> y que se recrean en formatos literarios también dispares, desde el *Patrañuelo* de Joan de Timoneda,<sup>15</sup> a la comedia *La famosa comedia otomana*,<sup>16</sup> atribuida a Lope. En todos estos casos, la entrega a las aguas o el abandono en el bosque remiten a una imagen poderosa y benevolente de la naturaleza, capaz de redimir a los niños del pecado y de la ingratitud de sus padres, y de convertirse en punto de inflexión en el devenir mítico o heroico del protagonista:

Un niño “expuesto,” abandonado a los elementos cósmicos (aguas, vientos, tierra), es siempre como un desafío lanzado a la faz del destino. El niño confiado a la tierra o a las aguas es, desde ese momento, socialmente huérfano y está expuesto a la muerte, pero al mismo tiempo tiene probabilidades de lograr una condición distinta de la humana. Protegido por los elementos cósmicos, el niño abandonado se convierte generalmente en héroe, rey o santo. Su biografía legendaria remeda así el mito de los dioses abandonados inmediatamente después de su nacimiento. Recordemos que Zeus, Poseidón, Dionisos, Attis y otros muchos dioses compartieron la suerte de Perseo, Ión, Atalante, Anfión y Zetos, Edipo, Rómulo y Remo, etc. También Moisés fue abandonado a las aguas, como el héroe maorí Massí –arrojado al océano–, o como el héroe del Kalevala, Väinämöinen, que “flotaba sobre las olas tenebrosas.” El drama del niño abandonado se compensa con la grandeza mítica del

<sup>12</sup> “De los muchísimos motivos de la narración popular conservados en los *Nueve libros de la historia*, baste citar por vía de ejemplo el del niño expuesto por orden del rey, que se salva milagrosamente y se cría entre pobres campesinos para recobrar después su trono (Ciro, I, 109 y sigs.; cf. Paris, Zeto y Anfión, Rómulo y Remo, el conde Fernán González en la leyenda castellana): el tema era ya tan trillado en la antigüedad que Menandro alude a él por burla en *Los litigantes*.” (Lida de Malkiel, 21)

<sup>13</sup> Motivos S141: “Exposición en un bote” y S331: “Exposición de un niño en un bote” del índice de Thompson.

<sup>14</sup> Sargón, Moisés, Karna, Edipo, Trakhan, Télefo, Perseo, Rómulo y Remo, Judas, el papa Gregorio, entre otros (véase Rank, Lida de Malkiel, y Gracia, 16-19).

<sup>15</sup> En la patraña primera, Cosme Alejandro ordena a un criado que arroje al río a su nieto recién nacido, por ser hijo de un incesto. Un fraile lo encuentra y se lo entrega a unos pastores para que lo críen. Y en la patraña quinta, Fabio deja embarazada a su hermana Fabela. Arrepentido de su pecado, se marcha a Roma, pero en el viaje muere y Fabela, asustada, decide deshacerse del niño arrojándolo al mar. Lo recogen unos pescadores, es armado caballero y termina enamorándose de Fabela. A punto están de cometer incesto, cuando ella ve la tablilla con la inscripción que ella misma le había puesto y reconoce en él a su hijo. Un caso más de abandono, aunque en unas zarzas y no en el agua, se da en la patraña número trece: el hermano de Feliciano roba a su hija y la abandona junto a unas zarzas para evitar que herede sus bienes.

<sup>16</sup> En ella la infanta, por odio hacia su marido, manda matar a su hijo recién nacido. En el último momento le perdona la vida, pero ordena que sea arrojado al río en una caja (Beccaria, 89).

“huérfano,” del niño primordial, en su absoluta e invulnerable soledad cósmica, en su unicidad. La aparición de ese “niño” coincide siempre con un momento auroral: con la creación del cosmos, la creación de un mundo nuevo, una nueva época histórica (*Jam redit et virgo...*), una “nueva vida” en cualquier nivel de la realidad [...]. El niño abandonado a la tierra madre, y que la tierra salva y cría, no puede ya compartir el destino común de los hombres, porque en él se está repitiendo el momento cosmológico de los comienzos y no se cría en el seno de una familia, sino entre los elementos. Por eso los héroes y los santos son generalmente niños abandonados: porque por el simple hecho de haberlos protegido y preservado de la muerte, la tierra madre (o las aguas madres) los ha predestinado para algo grandioso que no está al alcance del común de los mortales. (Eliade, 259-260)

Si observamos con detenimiento los episodios aducidos más arriba, nos daremos cuenta de que el abandono de los niños está condicionado siempre por la actitud ilícita de los padres, de acuerdo a dos esquemas:

1. Bien porque han concebido un hijo fuera de los márgenes del matrimonio: el niño es el pecado y hay que eliminarlo, de ahí el abandono.  
NACIMIENTO = PECADO → ABANDONO
2. Bien porque han sido desleales al rey o a una autoridad superior por causas dispares, y habrán de sufrir el destierro: el niño (que aún no ha nacido) no es el pecado. Su abandono será consecuencia de esa acusación vertida sobre los padres, pues durante el viaje de vuelta a su patria, a la madre le sobrevendrán los dolores de parto de la forma más inesperada.  
DESLEALTAD = PECADO → DESTIERRO → NACIMIENTO → ABANDONO

En el primer caso, la madre (el padre no solo no toma la decisión sino que apenas está presente) decide esconder o deshacerse del niño para evitar la cólera familiar o la presión moral. La cobardía de su pecado le impide ejecutar por sí misma el castigo sobre el inocente hijo, por lo que le encargará tal labor a un criado que, apiadándose del bebé, conmutará su pena de muerte por el abandono en el bosque junto a un árbol con la única compañía de la naturaleza y el peligro de las fieras, que, finalmente, se tornan amables ante la inocencia e indefensión del recién nacido.<sup>17</sup> Sucede así en el lay *El Fresno*, en la historia de Olivier, hijo de Lion de Bourges, en el *Tristan de Nanteuil*, en el nacimiento de Esplandián, en el *Palmerín*, en la historia de Lipa en los *Hecatommithi* o en la de Manilva en *El premio de la constancia*.

En el segundo caso, los padres son acusados de deslealtad y por ello castigados con el destierro. La madre dará a luz durante el viaje de regreso y, por causas

---

<sup>17</sup> Diferente es el caso, por ejemplo, del *Espejo de príncipes y caballeros*, en que el niño es robado por un oso. La crueldad de la situación viene manifiesta por el llanto del niño. Rosicler mata al oso y lo entrega a su padre (Eisenberg ed., 237-38).

ajenas a su voluntad, se verá obligada a abandonar al recién nacido, ya sea por la inesperada llegada de una fiera o por la de unos bandidos que los raptan. Y lo hará junto a un árbol, pues:

[...] los árboles considerados como seres con alma tienen virtud acreditada para hacer que llueva o que el sol brille sin nubes, que los ganados y rebaños se multipliquen y que las mujeres tengan partos fáciles. [...] La leyenda que muestra a Leto agarrada a una palmera y un olivo o a dos laureles cuando estaba dando a luz a los divinos mellizos Apolo y Artemisa, señala quizá una idea griega parecida: la creencia en la eficacia de ciertos árboles para facilitar el parto.” (Eliade, 151 y 154)

Ejemplo de ello es la historia de *Valentin et Orson*, de *Lion de Bourges* o de *Parise la Duchesse*.

Tanto en un esquema como en el otro, encontramos lobas, osas o leonas convertidas en improvisadas nodrizas.<sup>18</sup> Así como carreteros, pastores, colmeneros u otros personajes de baja condición social, vinculados con ese mundo natural alejado de las cortes en las que han nacido, encargados de su educación.<sup>19</sup> Los niños, envueltos en ricos paños y con objetos o marcas en el cuerpo que favorecerán la anagnórisis final, serán encontrados, junto a un árbol, ya sea un fresno (*El Fresno*), un roble (*Valentin et Orson*, *Lion de Bourges*), un olivo (*Palmerín de Olivia*, *Tristán de Nanteuil*), un plátano (*Hecatommithi*) o un laurel (*El premio de la constancia*), pues como señala Mircea Eliade:

El árbol es además el protector de los recién nacidos, facilita el nacimiento y vela por la vida de los niños, al igual que la tierra. [...] Tocar los árboles o acercarse a ellos –como tocar la tierra– es benéfico, fortificante, fertilizante. Leto dio a luz a Apolo y Artemis arrodillada en una pradera y tocando con la mano una palmera sagrada. La reina Mahâ-Mâyâ parió a Buda al pie de un árbol *sâla* y agarrada a una de sus ramas. Engelmann (*Die Geburt bei den Urvölkern* [Viena 1884] 77s) y Nyberg (*Kina und Erde*, 207s) han

<sup>18</sup> “La crianza por los animales es también un claro motivo folklórico; corresponde al B535 de Thompson. En el *Caballero del Cisne*, ed. cit., p. 27, los niños son alimentados por una cierva. Según O. Rank, ob. cit., p. 108, ‘así como la proyección sobre el padre justifica la actitud hostil por parte del hijo, de modo similar el descenso de la madre a la categoría de animal tiene por objeto reivindicar la actitud del hijo que la niega’. Sea cual fuere la interpretación de este fenómeno, en la novela los animales confieren a Esplandián unas cualidades superiores al resto de los héroes” (Cacho Bleuca, 52, n. 27). Véase también el capítulo “Madres lactantes y otras amas de cría” en Gracia (143-52).

<sup>19</sup> La nobleza la tienen de nacimiento, la humildad y otros valores los adquieren a través de la condición y el ejemplo de sus improvisados educadores: “La crianza del niño parece estar marcada por el signo de la divinidad, motivo reiterado en el texto. Por su condición de héroe ha tenido aventuras desde su mismo nacimiento, superando todas las dificultades, como su padre y su tío. En su seno está señalada la protección divina en la figura de un ‘hombre bueno’ encargado de su crianza.” (Cacho Bleuca, 51)

reunido un abundante material etnográfico que prueba lo frecuente que es la costumbre de que las mujeres den a luz cerca o al pie de un árbol. Por el mero hecho de haber nacido junto a una fuente de vida y de salud, el niño se ha asegurado el mejor destino. No tendrá enfermedades, estará fuera del alcance de los malos espíritus y de los accidentes. Su nacimiento –como en el caso de los partos sobre la tierra– es en cierto modo un nacimiento *per proximi*; la verdadera madre es la vegetación, que cuidará de él. El contacto directo con las personificaciones del poder y de la vida tiene que ser favorable para el recién nacido. La cuna arcaica se componía de ramas verdes o de espigas, Dionisos, como todos los niños de la antigua Grecia, fue puesto, inmediatamente después de su nacimiento, en una cesta (*liknon*) en la que se llevaban también las primicias de las cosechas [...]. Poner a un niño enfermo en el hueco de un árbol implica un nuevo nacimiento y, por tanto, una regeneración (Mannhardt, *Wald- und Feldkulte* I, 32s) [...]. Los hebreos llamaban a los hijos ilegítimos “hijos de las hierbas”; los rumanos los llaman “hijos de las flores”. La misma terminología aparece en otros puntos (por ejemplo, entre los indígenas de Nueva Caledonia). (312-13)

La unión física entre madre e hijo que, por orden natural, ha de durar en el tiempo hasta que el niño adquiera dominio de su cuerpo, de la lengua, y hasta que consiga fuerza y experiencia para funcionar en el mundo de manera independiente, se quiebra nada más nacer, con lo que se convierte en un ser desvalido, ignorante de sí mismo y del mundo que le rodea; por tanto, en constante peligro. Sin embargo, el abandono en el tronco de un árbol (por el que discurre la sabia) o en sus ramas frondosas (convertidas en cuna, símbolo del útero materno), mitiga esa orfandad y desamparo. El niño ha sido entregado a la naturaleza, en la figura del árbol, en una suerte de adopción. Porque el árbol, arquetipo de lo femenino, asume en muchas culturas esa función materna. De hecho, se ha querido ver el hueco del árbol como matriz. José Manuel Pedrosa nos recuerda que:

La cuestión del árbol del que nacen los niños sigue siendo tradicional en algunos lugares de España. Así, Gonzalo Alcalde Crespo, en *Valderredible* (Palencia: Ayuntamiento de Valderredible, 1994), p. 181, habla de “la creencia, que se trasmitía de padres a hijos en el pueblo de Salcedo, en la cual a los muchachos se les decía que los niños nacían de los huecos existentes a los pies de ‘el rebollejo: un centenario ejemplar de roble, que todavía se puede admirar, cerca de la ermita de San Vicente.’” (n. 23)

Pero en el caso de los abandonos, esa ruptura de la unión materno-filial, convertida en trauma para la madre por el pecado cometido y por la penitencia de tener que desamparar al que ha llevado en sus entrañas, no será en absoluto traumática para el hijo; más bien todo lo contrario. Ese abandono se convierte en un rito iniciático hacia lo heroico. Por eso, no es de extrañar que este tópico

aparezca con asiduidad en cantares de gesta y en libros de caballerías, en los que es fundamental el nacimiento en especiales circunstancias y, sobre todo, por el destino que les espera a los protagonistas. No obstante, lo encontraremos también en otros géneros que, aunque no incluyen lo heroico en su base, sí que permiten su entrada en el interior de algunos relatos, como el ya citado de los *Hecatommithi*, el de *El premio de la constancia* o el que se cuenta en la novela *El señalado* de las *Meriendas del ingenio* de Andrés de Prado –además, de indudable influencia de la literatura caballeresca–. Allí el protagonista, don Carlos, que ha nacido con señales en su cuerpo, es abandonado en una floresta (aunque no se especifica que fuese en un árbol). Y acaba convirtiéndose en un valiente soldado, cuya fama se extiende rápidamente.

### **Árbol protector, árbol habitado**

Contextualizados en cantares de gesta, en libros de caballerías, en libros de pastores o en novela corta, lo cierto es que el interés recae siempre en los hijos, futuros héroes, sin que se preste atención a la historia posterior de los padres, a los que se les presume una vida de sufrimiento por el error cometido. Sin embargo, Cervantes, quiso indagar las posibilidades de la historia materna después del abandono. Y lo hizo en *El Persiles*, donde repite, con algunas variantes, el motivo del niño engendrado en una relación ilícita, pero para darle un sesgo diferente, pues el árbol protector aparecerá vinculado a la madre y no al hijo. Se trata del conocido episodio de Feliciano de la Voz (capítulos segundo y tercero del Libro III). El padre de la joven quiere desposarla con un mozo noble llamado Luis Alfonso, pero ella se niega por estar enamorada de Rosanio, a quien ya se ha entregado y del que espera un hijo. Encerrada en su aposento, llorando su desgracia ante su doncella y confidente Leonora, da a luz inesperadamente:

Y, diciendo esto y dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendió a mi doncella y a mí me cegó el discurso de manera que, sin saber qué hacer, estuve esperando a que mi padre o mis hermanos entrasen y, en lugar de sacarme a desposar, me sacasen a la sepultura. (Romero ed., 455)

Los acontecimientos precipitan su huida, no sin antes pedirle a una criada que entregue el recién nacido a Rosanio. Este, perseguido por el padre y el hermano de Feliciano, se lo encomienda a los famosos peregrinos que, a su vez, se lo dan a unos pastores para que lo cuiden y se lo lleven a Francisco de Trujillo y Juan de Orellana quienes, finalmente, lo entregarán a los padres.

En este episodio volvemos a encontrar la relación ilícita, el alumbramiento inesperado y la entrega de la criatura a varios intermediarios, aunque en esta ocasión no se convertirán en educadores, como en los casos analizados más arriba, sino en meros protectores mientras la madre huye del peligro. Lo que interesa aquí no es tanto la historia futura del recién nacido o las aventuras que vaya a protagonizar en solitario –de lo que nada se dice ni se anticipa–, como la prehistoria de los padres –y más en concreto de la madre–, que ha de sufrir el castigo por su pecado hasta recuperar al hijo y obtener el perdón humano y divino.



El círculo se cierra en los padres, no se abre una nueva vía en las aventuras del hijo. Y es que la historia tiene una importante carga moral. No en vano Auristela le dice a Periandro: “Bien es verdad que la suya no es caída de príncipes, pero es un caso que puede servir de ejemplo a las recogidas doncellas que le quisieren dar bueno de sus vidas” (459). Además, creyendo que el niño que le han enseñado no es el suyo (fracaso del recurso de la anagnórisis), “pidió que consigo la llevasen como peregrina a Roma, que, pues había sido peregrina en culpas, quería procurar serlo en gracias, si el cielo se las concedía en que con ellos la llevasen” (463) y en ese peregrinar llegan a Guadalupe, en cuyo monasterio, Feliciano entona, con su agraciada voz, unas estancias a la Virgen de Guadalupe, lugar al que, además, solían acudir las parturientas (Lozano Renieblas 1998, 179). Solo asumida la culpa, declarada la intención de enmienda y entonada la oración, el camino se abre para el encuentro con su padre y hermano, del que solo hay dos salidas: la muerte de la pecadora o el perdón. Finalmente llega este último, pero es un perdón que no solo es paterno, necesario para reestablecer el honor en la familia, sino que ha de entenderse también como perdón divino. Recordemos las palabras de Casaldueiro, para quien:

La huida de Feliciano de la Voz y de su amante, *es* la expulsión del Paraíso, el accidentado nacimiento del niño *es* la tragedia de la vida. [...] El padre de la muchacha perdona, marido y mujer se reúnen, y juntamente con el niño vuelven todos al punto de partida. Esta caridad humana, este perdón paternal que llevan a esta felicidad humana, después de haber encontrado numerosos obstáculos en el camino, que han sido vencidos, son un reflejo de la caridad y el perdón divinos, que han hecho posible la redención y salvación del hombre. (151-52)

El mismo esquema narrativo, desprovisto de la intencionalidad moral, lo vuelve a recrear Cervantes (aficionado a retomar temas desde nuevas perspectivas o con ligeras variantes) en su novela ejemplar *La señora Cornelia* (Tejeiro Fuentes, 161-175).

Pero más allá del tópico del niño abandonado, en esta historia el árbol desempeña un importante papel, pues sirve de refugio y salvación no para la criatura, que en ningún momento carece de unos brazos protectores, sino para Feliciano de la Voz que, huyendo de la persecución de su padre y hermano, encuentra ayuda en unos pastores que resuelven la situación de esta manera:

Y agujando con presteza a un hueco de un árbol que en una valiente encina se hacía, puso en él algunas pieles blandas de ovejas y cabras, que entre el ganado mayor se criaban; hizo un modo de lecho, bastante por entonces a suplir aquella necesidad precisa; tomó luego la mujer en los brazos y encerróla en el hueco, adonde le dio lo que pudo, que fueron sopas de leche, y le dieran vino, si ella quisiera beberlo, colgó luego delante del hueco otras pieles, como para enjugarse. (Romero ed., 451)

Es cierto que ya no es el árbol que protege al recién nacido, pero sí que sigue siendo un árbol protector, más en concreto ahora un árbol habitado. Significativas son las palabras del narrador a este respecto:

Preñada estaba la encina –digámoslo así–; preñadas estaban las nubes, cuya escuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del árbol preguntaron, pero el compasivo pastor, que era mayoral del hatu, ninguna cosa le pudo turbar para que dejase de acudir a proveer lo que fuese necesario al recibimiento de sus huéspedes: la criatura tomó los pechos de la cabra; la encerrada, el rústico sustento; y los peregrinos, el nuevo y agradable hospedaje. (Romero ed., 452)

Y es que ese hueco del árbol se convierte en “seguro asilo de su desgracia” (456), como dirá el narrador. Y como más adelante afirmará uno de los pastores: “En tanto, sosiega, señora, el espíritu, que mis pastores y este árbol servirán de nubes que se opongan a los ojos que te buscaren” (458). Es un refugio frente a la persecución de su padre y hermano; es decir, un refugio del castigo por el pecado. Tiene, por tanto, algo de divino, es templo en el que poder regenerarse a la vida eterna. En este episodio se produce una confluencia de lo pagano con lo cristiano, del árbol cosmogónico, centro del universo, y del árbol sagrado o cruz en la que murió Cristo para obtener la salvación del mundo.

En el árbol encuentran protección el recién nacido y la recién parida. El primero no ha de buscar el perdón, pues ningún pecado ha cometido; pero sí la segunda, por lo que, arrepentida, peregrina al santuario. La regeneración no se produce en el hijo abandonado, sino en la madre pecadora. Feliciano nace a una nueva vida, como lo hacen Esplandián y Palmerín, pero, a diferencia de estos, el pecado de los padres es una condena que arrastrará, y no abrirá (ni interesa para la finalidad de la novela) el camino hacia lo heroico, porque lo que impera en la obra de Cervantes es la finalidad moral, aunque funciona a la perfección desde un punto de vista estético como recurso literario para contar historias. Por eso tampoco será necesaria la anagnórisis, recurso, por lo demás, fallido en esta historia, pues Feliciano no es capaz de reconocer a su hijo. Lo importante no era tanto que lo identificara la madre, como que lo hiciera el lector de la época, que podía considerarlo correlato de la leyenda del nacimiento de Francisco Pizarro con la que, sin duda, guarda muchas similitudes (Lozano Renieblas 1998, 180-81).

También en lugar sagrado, en templo donde reflexionar y expiar las culpas, y proponer enmienda, se convierte el árbol en el que se refugia el protagonista de uno de los relatos de la que se considera la primera novela hispanoamericana (Héctor Orjuela, 293), *El desierto prodigioso y prodigio del desierto* (ca. 1650), del colombiano Pedro de Solís y Valenzuela. Allí se cuenta cómo Arsenio, un joven libertino, rapta a su prima Casimira de la que está enamorado, y se embarca con ella rumbo a América. En el viaje una tempestad les pone en manos de los piratas. Salva la vida, pero una nueva tormenta le pone en peligro, por lo que pide ayuda a Dios, en el preciso momento en que encuentra refugio en un árbol hueco. Arrepentido decide llevar una vida de penitente en aquella insólita cueva:

[...] confío y a tu misericordia apelo. Duélete de mí, que ya me falta el aliento; mas si mi protervidad y dureza mereze este castigo y si en esta parte y de algún violento rayo de tu justa ira es decreto que muera, aquí estoy, Señor mío, no resisto.

Si Dios no entendiera corazones, mal expressadas iban a su grandeza mis palabras. Oyó mi petición; restauré algún espíritu; rompí la espesura, intentando llegar a vnos árboles que con los alternados relámpagos avía observado; llegué en fin a un árbol de grande magnitud y estatura (que es muy ordinario el averlos en aquellas montañas) y, al abrazarme con él, en su mismo tronco encontré puerta, y en su cavidad, cassa y habitación. Rezelosso de que no lo fuesse de alguna fiera que me despedazasse, solo me contenté con la puerta, hasta que, abriéndose aquel nublado intenso con grande luz de vn despedido rayo, no pude resistir, caí attónito en la cavidad y güeco del árbol, y cassi estube sin sentido. Fuesse poco a poco serenando la tempestad, aplacando el graniso, pero no tan presto que no durasse a mi parecer quatro horas. Quedó todo con tan formidable escuridad, que solo el considerarla aora me causa pavor.

Estube aquella noche en aquel albergue, que juzgé [*sic*] milagroso, haziendo muchos actos de contrición y firmes propósitos de enmendar mi vida, considerando que golpes tan repetidos eran avisos que Dios me enbiaba para que yo le oyesse. Determinaba quedarme en aquella soledad y ya no buscar más a Casimira, sino al venerable Arsenio para que me instruyesse en la vida solitaria y fuesse mi maestro. La naturaleza, necessitada de todo socorro, zedió al sueño; no hazía falta el abrigo, por ser la tierra calurosa, aun quando lluebe y haze aquellas tempestades. Inclíname al suelo; encontré, al parecer me dio dormido, vna redonda piedra. (Solís y Valenzuela ed., 340-41)

Es la estancia en ese lugar protector del pecado, aislado del mundo, lo que le permite regenerarse y comenzar una nueva vida. La paradoja está en que el pecado tiene su origen en el Edén, al profanar el prohibido árbol de la sabiduría, que otorgaba la inmortalidad. Y precisamente un árbol acogerá al pecador dispuesto a regenerarse, de la misma manera que un madero, la vera cruz sirve para redimir al pecador.

Pero no siempre estos árboles acogen en sus concavidades a pecadores dispuestos a enmendarse. Desprovisto de toda connotación religiosa, encontramos en la literatura multitud de ejemplos de árboles habitados, protectores del peligro de muy distinta manera, como el que sirve de albergue al anciano destinado a entregar las armas al protagonista del *Florando de Inglaterra*:

Después que bien la uvieron mirado y por una pieça gozado de la dulce música que dentro se hazía passaron adelante y fueron adonde estava un árbol muy estraño tan redondo y aparado con el suelo que del tronco nada se parecía. De debaxo del qual salió un hombre viejo

con un lío a cuestras y una rica vaina en la mano, y viniéndose para don Florando le dixo: “Esforçado cavallero, sábeta que muchos tiempos ha que te estoy esperando sufriendo gran trabajo en te guardar estas pieças, mas yo lo doy por bien empleado, pues en ello sé que te hago plazer.” E diziendo esto, poniendo el lío en el suelo con la rica vaina encima se tornó a meter debaxo del árbol que nunca más le vieron de lo que muy triste fue don Florando por no le aver podido dar las gracias del servicio que le hiziera, y yéndose para el árbol jamás pudo verlo ni entrar por do él entrado avía, y haziendo desliar el lío halló dentro unas armas las más ricas y estrañas que dezir se pueden, pardillas, sembrado por ellas unas espheras verdes de cuya devisa y color don Florando fue muy alegre y tornándolas a poner en el lío las dio a un hombre que a su aposento las llevasse. (III, cap. XI, fol. CXCI [mal numerado como CLXXXVIII])

Se trata de un personaje que cumple una única misión, revestido de esa aureola mágica que le hace proceder de espacios solo a ellos accesibles. No es el caballero el que ha estado en contacto con el árbol, pero sí las armas que le protegerán del peligro en el futuro y que le harán protagonizar nuevas aventuras con nuevo nombre: “El Caballero de la Verde Esfera.”

También encontramos muchos casos en los que el árbol se convierte en un escondite o disfraz en un contexto amoroso, como sucede con la novela pastoril *El siglo de oro en las selvas de Erifile*, de Bernardo de Balbuena, en donde el pastor Delicio se disfraza de árbol para atrapar a un ruiseñor (62-67v), o humorístico como vemos en el cuento de “El hombre falso y el torpe” del *Calila e Dimna* (Cacho Blecua & Lacarra eds., 171-173), basado en el *Panchatantra* y recreado por Sebastián Mey en su fábula XXVIII, “El hombre verdadero y el mentiroso,” del *Fabulario de cuentos antiguos y nuevos* (1613), que cuenta cómo el mentiroso entierra unas monedas bajo un árbol que luego recupera haciendo creer al torpe que se las han robado. Para certificarlo pone como único testigo de lo sucedido al árbol. El juez acude a tomarle declaración, hasta que descubre que quien contesta no es sino el padre del mentiroso que se había escondido en su interior. Y es que de árboles habitados y árboles mágicos está poblado el mundo de los cuentos y las leyendas.

### Conclusiones

El árbol, elemento silente y discreto, no solo conforma un paisaje, sino que atesora una fuerte carga simbólica capaz de redundar en la configuración de los protagonistas desde su propio nacimiento y, sobre todo, en aquellos a los que les espera un destino especial. La protección que aporta a los recién nacidos, a las parturientas o a personajes que se ven en peligro es una realidad que han puesto de manifiesto los antropólogos y que, además, aparece representada de manera recurrente en la literatura europea de la Edad Media y de los siglos XVI y XVII.

Cada uno de los ejemplos aquí aportados procede, en ocasiones, de épocas y contextos muy distintos, pero todos ellos comparten una misma tradición convertida en tópico con algunas variantes. Son tan solo un puñado de historias, un

puñado de árboles de los muchos que pueblan el imaginario de la literatura medieval y áurea, y que sirven para atisbar unos recursos que funcionaron a la perfección de forma meramente estética como propiciadores de nuevos episodios o con una finalidad simbólica moral, y siempre como árboles cuya protección hunde sus raíces en la tradición más ancestral y con igual eficacia y efectividad narrativa desde entonces hasta ahora.

**Obras citadas**

- Balbuena, Bernardo de. *Siglo de oro en las selvas de Erifile*. Madrid: Alonso Martín, 1608.
- Beccaria, Lola. "Hallazgo de una comedia perdida de Lope de Vega." *Edad de Oro* 14 (1995): 85-107.
- Bonilla, Luis. *Los mitos de la humanidad*. Madrid: Prensa Española, 1971.
- Cacho Blecua, Juan Manuel. *Amadís: heroísmo mítico cortesano*. Madrid: Editorial Cupsa & Universidad de Zaragoza, 1979.
- Calila e Dimna*. José Manuel Cacho Blecua & María Jesús Lacarra eds. Madrid: Castalia, 1984.
- Casaldueiro, Joaquín. *Sentido y forma de "Los trabajos de Persiles y Sigismunda"*. Madrid: Gredos, 1975. 2.<sup>a</sup> ed.
- Castillo Martínez, Cristina. *Antología de libros de pastores*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2005.
- . *Florando de Inglaterra (Parte III). Guía de lectura*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2005.
- . "El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja (Madrid, 1620), de Jacinto de Espinel Adorno; la experiencia del más allá." En Juan José Alonso Perandones, Juan Matas Caballero & José Manuel Trabado Cabado, coords. *La maravilla escrita. Torquemada y el Siglo de Oro*. León: Universidad de León, 2005. 273-86.
- Cervantes, Miguel de. Carlos Romero Muñoz ed. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Madrid: Cátedra, 1997.
- . Francisco Rico ed. *El Quijote*. Barcelona: Instituto Cervantes & Crítica, 1998.
- Chevalier, Jean. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Herder, 1988.
- Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Siruela, 1997.
- Curtius, Ernst Robert. *Literatura europea y Edad Media latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995. 2 vols.
- Eliade, Mircea. *Tratado de historia de las religiones. Morfología y dinámica de lo sagrado*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1981.
- Eslava, Antonio. Julia Barella ed. *Noches de invierno*. Navarra: Gobierno de Navarra, 1986.
- Espinel Adorno, Jacinto de. *El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja*. Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1620.
- Faaborg, Jens N. *Les enfants dans la littérature française du Moyen Âge*. Kobenhavn: Museum Tusulanum Press, 1997.
- Florando de Inglaterra (parte III)*. Lisboa: Germán Gallarde, 1545.
- Flores Santamaría, Primitiva. "El locus amoenus y otros tópicos poéticos relacionados con la naturaleza." *Edad de Oro* 24 (2005): 65-80.
- Francia, María de. Ana María de Holzbacher ed. *Los Lais*. Barcelona: Sirmio & Quaderns Crema, 1992.
- Frazer, James George. *La rama dorada*. México: Fondo de Cultura Económica, 1944.

- Garci Rodríguez de Montalvo. José Manuel Cacho Blecua ed. *Amadís de Gaula*. Madrid: Cátedra, 1999. 2 vols.
- Gil-Albarellos, Susana. "Revisión del mito del nacimiento del héroe: Amadís de Gaula." *Castilla. Estudios de literatura* 20 (1995): 139-46.
- Giraldó, Giovanni Battista. *Hecatommithi, ouero cento novelli*. Venecia, 1608.
- . *Primera parte de las cien novelas de M. Juan Baptista Giraldó Cinthio [...]. Traduzidas de su lengua toscana por Luys Gaytan de Vozmediano*. Toledo: Pedro Rodríguez, 1590.
- Gracia, Paloma. *Las señales del destino heroico*. Barcelona: Montesinos, 1991.
- Grimal, Pierre. *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona: Paidós, 1990.
- L'histoire des deux nobles et vaillans chevaliers Valentin & Orson, fils de l'Empereur de Grece, & neveux au Tres chrestien Roy de France Pepin*. Lyon: Jean Huguetan, 1615.
- Lida de Malkiel, María Rosa. *El cuento popular y otros ensayos*. Buenos Aires: Losada, 1976.
- Lion de Bourges. Poème épique du XIVE siècle*. Ed. William W. Kibler, Jean-Louis G. Picherit & Thelma S. Fenster. Genève: Librairie Droz, 1980.
- Lozano-Renieblas, Isabel. *Cervantes y el mundo de Persiles*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1998.
- . *Novelas de aventuras medievales. Género y traducción en la Edad Media hispánica*. Kassel: Reichenberger, 2003.
- Mey, Sebastián. *Fabulario de cuentos antiguos y modernos*. En Marcelino Menéndez y Pelayo. *Orígenes de la novela*. Madrid: CSIC, 1961. II: 153-81.
- Orjuela, Héctor H. "El desierto prodigioso y prodigio del desierto, de Pedro de Solís y Valenzuela, primera novela hispanoamericana." *Thesavrus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo* 38.2 (1983): 261-324.
- Ortúñez de Calahorra, Diego. Daniel Eisenberg ed. *Espejo de príncipes y caballeros*. Madrid: Espasa-Calpe, 1975.
- Ovidio. *Metamorfosis*. Madrid: Espasa-Calpe (Austral), 1993.
- Palmerín de Olivia*. Giuseppe di Stefano ed. Alcalá de Henares: CEC, 2004.
- Parise la Duchesse, chanson de geste du XIIIe siècle*. May Plouzeau ed. *Senefiance* 17-18.1 (1986).
- Pastoreau, Michel. *El oso. Historia de un rey destronado*. Barcelona: Paidós, 2008.
- Pedrosa, José Manuel. "La mujer-árbol y el hombre-mar: simbolismo mítico y tradición indoeuropea del epitalamio sefardí de *La galana y el mar*." *Acta Poética* 20 (1999): 291-310.
- Pérez de Montalbán, Juan. *Palmerín de Olivia*. Claudia Demattè ed. Pisa: Mauro Editore (agua y peña), 2006.
- Prado, Andrés de. *Meriendas del ingenio*. Zaragoza: Juan de Íbar, 1663.
- Propp, Vladimir. *Las raíces históricas del cuento*. Madrid: Fudamentos, 1998. 6.<sup>a</sup> ed.
- Quance, Roberta Ann. "Mujer o árbol: las mujeres como objetos y sujetos poéticos." *La balsa de la Medusa* 33 (1995): 43-56.
- Rank, Otto. *El mito del nacimiento del héroe*. Buenos Aires: Paidós, 1971.

- Riesco Álvarez, Hipólito B. *Elementos líticos y arbóreos en la religión romana*. León: Universidad de León, 1993.
- Riquer, Martín de. *Los cantares de gesta franceses (sus problemas, su relación con España)*. Madrid: Gredos, 1952.
- Solís y Valenzuela, Pedro de. *El desierto prodigioso y prodigio del desierto*. Rubén Páez Patiño ed. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1977. 2 vols.
- Sannazaro, Jacopo. *Arcadia*. Francesco Tateo ed. Madrid: Cátedra, 1993.
- Teijeiro Fuentes, Miguel Á. “Las historias de Feliciano de la Voz y de Cornelia Bentibolli en el discurso narrativo de Cervantes.” *Hesperia* 4 (2001): 161-75.
- Thompson, Stith. *Motif-index of folk-literature: a classification of narrative elements in folktales, ballads, myths, fables, mediaeval romances, exempla, fabliaux, jest-books, and local legends*. Bloomington: Indiana University Press, 1975. 6 vols.
- Timoneda, Joan. *El Patrañuelo*. José Romera Castillo ed. Madrid: Cátedra, 1986.
- Tristan de Nanteuil*. Keith V. Sinclair ed. Assen: Van Gorcum, 1971.
- Uría Maqua, Isabel. “El árbol y su significación en las visiones medievales del otro mundo”. *Revista de Literatura Medieval* 1 (1989): 103-19.
- Zelenin, D.K. “Gli alberi-totem nelle leggende e nei riti dei popoli europei.” *Quaderni di Semántica* 11.2 (1990): 209-67.